

ACTO III.

ESCENA PRIMERA.

Una sala del castillo.

*Salen el REY, la REINA, POLONIO, OFELIA, ROSEN-
KRAZ Y GUILDENSTERN.*

REY. ¿Con qué no hay forma alguna de arrancarle
La causa del trastorno que aparenta,
Que crudo gasta su apacible vida
Con peligrosa estática locura?

Ros. Confiesa que se siente perturbado;
Pero se obstina en no decir la causa.

GUIL. Tampoco fué nos fácil sondéarle,
Pues con locura artera se evadía,
Siempre que procurábamos moverle
A confesar su verdadero estado.

REY. ¿Os recibió cortés?

Ros. Muy caballero.

GUIL. Aunque forzando su índole no poco.

Ros. Parco en hacer preguntas, pero franco
En contestar á las demandas nuestras.

REINA. ¿A alguna diversion le convidásteis?

Ros. Señora, en el camino por ventura
A ciertos comediantes encontramos;
Se lo contamos luego, y al oírlo,

Con un puñal reposo? ¿Quién llevara
 Gravosas cargas, quién gimiera triste,
 Sudando bajo el peso de esta odiosa,
 Cansada vida, si el temor que infunde
 Algo desconocido trás la muerte
 (Aquella ignota tierra, cuyos lindes
 No vuelve á traspasar viandante alguno)
 No confundiese el alma y nos hiciese
 Antes sufrir los males que nos cercan,
 Que huir en busca de otros que ignoramos?
 Así en cobardes nos convierte á todos
 Tremenda la conciencia; así se apaga
 El fuego natural de la osadía
 De la prudencia al pálido reflejo.
 Por eso empresas de importancia suma,
 Y llenas de vigor, mudan camino,
 Y de hecho nombre pierden.—Pero ¡calla!
 ¡La hermosa Ofelia! Ninfa, ten presente
 En tus plegarias mis pecados todos.

OFEL. ¿Qué tal te va, señor, há tantos dias?
 HAM. Te doy humildes gracias; bien, Ofelia.
 OFEL. Guardo recuerdos tuyos que deseo,
 Señor, ha mucho tiempo devolvete.
 Que los admitas ruego, ahora mismo.

HAM. ¿Quién, yo? Jamás te dí recuerdo alguno.
 OFEL. Alteza, sabes bien que tal hiciste,
 Y con palabras de tan dulce aliento,
 Que acrecentaban su valor. Ahora
 Que ya han perdido su perfume, Alteza,
 Vuelve á tomarlos: para el alma noble
 El don más rico pierde su valía
 Cuando el afecto del dador se enfria.
 Alteza, ten.

HAM. ¡Já, já! ¿Y eres honesta?
 OFEL. ¡Señor!
 HAM. ¿Y hermosa?
 OFEL. ¿Qué querrás decirme?
 HAM. Que si eres honesta y hermosa, tu hones-

tidad no debiera tener trato alguno con tu hermosura.

OFEL. ¿Con quién mejor pudiera tratarse la hermosura que con la honestidad?

HAM. Sí, á fe, pues el poder de la hermosura convertirá la honestidad en alcahueta, ántes que la fuerza de la honestidad logre dar á su hermosura su semejanza. En otro tiempo esto fué tenido por paradoja, pero en el siglo presente es cosa probada. Te queria un tiempo.

OFEL. Por cierto, señor, así me lo hiciste creer.

HAM. No hubieras debido creerme; pues la virtud no puede ingerirse tan por completo en nuestro envejecido tronco que no nos quede algo del antiguo sabor. No te he querido nunca.

OFEL. Tanto mayor ha sido mi engaño.

HAM. Véte á un convento. ¿Por qué quieres ser madre de pecadores? Yo mismo soy medianamente honrado; sin embargo, podría acusarme de tales cosas, que fuera mejor que mi madre no me hubiese parido. Soy muy soberbio, vengativo, ambicioso, con más pecados sobre mi alma que pensamientos tengo para manifestarlos, imaginacion para darles forma, ó tiempo para ejecutarlos. Somos todos unos insignes malvados: no te fies de ninguno. Véte, véte á un convento. ¿En dónde está tu padre?

OFEL. En casa, señor.

HAM. Pues que le cierran bien todas las puertas para que no haga el bobo más que en su propia casa. Adios.

OFEL. ¡Oh santos cielos, socorredle!

HAM. Si te casas, te dará en dote esta maldicion: aunque seas tan casta como el hielo, tan pura como la nieve, no te librarás de la calurnia. Véte á un convento, vé, adios. Y si es forzoso que te cases, cástate con un tonto, porque los hombres discretos saben muy bien en qué clase

de monstruos los convertís vosotras. Al convento, véte, y pronto. Adios.

OFEL. ¡El cielo omnipotente déle alivio!

HAM. Tengo noticia tambien de vuestros afeites y pinturas; ¡oh! lo sé todo. Dios os ha dado una cara, y vosotras os haceis otra. Brincais, amblais, ceceais y poneis motes á las criaturas de Dios, y haceis pasar vuestra liviandad por ignorancia. Pero basta ya; no quiero hablar más del asunto: me ha trastornado el juicio. Digo sólo que se acabaron ya los casamientos: los que están casados, todos ménos uno, vivirán; los demas se quedarán solteros. Al convento, véte. (Váse.)

OFEL. ¡Oh, qué trastorno embarga esa alma noble!
¡Del cortesano el ojo, la elocuencia
Del erudito, del guerrero el brio,
Flor y esperanza del egregio Estado,
Del garbo espejo, de costumbres norma,
Blanco de todo observar... perdido,
Aniquilado todo! Y yo, cuitada,
Doncella la más misera entre todas,
Que miel sorbí de sus promesas dulces,
Su noble mente y soberana veo,
Como campanas dulces mal tocadas,
Fuera de tono y discordante ahora,
Su noble aspecto y juventud florida
Victimas de un delirio. ¡Ay! ojos tristes,
¡Ver lo que veis despues de lo que vistéis!

Vuelven á salir el REY y POLONIO.

REY. No es al amor do sus afectos tienden;
Y lo que dijo, aunque en la forma oscuro,
No pareció demencia. En su alma hay algo
Que cubre y que fomenta su tristeza,
Y temo que el engendro que produzca
Peligro amague. Á fin de prevenirlo,

Con pronta decision esto he resuelto:
Saldrá sin dilacion para Inglaterra
A exigir los tributos atrasados.
Tal vez los mares y diversos climas
Disiparán con mil objetos nuevos
El sentimiento que en su pecho arraiga.
Y en que su mente cavilando, logra
Sacarle asi de quicio. Di, ¿qué opinas?
POL. Dará buen resultado; pero opino
Que un mal pagado amor la causa sea
Y origen de su mal.—Ofelia mia,
No has menester contarnos lo que dijo
Hamlet; lo oimos todo.—A gusto tuyo
Obra, señor, en esto; y si te place,
Haz que despues de la comedia á solas
Hable con él su madre, á ver si logra
Que su pesar le cuente; háblele claro:
Y yo en acecho me pondré, si quieres,
Do á mis oídos lleguen sus palabras.
Si ella no logra sondéar su pecho,
Vaya á Inglaterra, ó ténle confinado
Do juzgue conveniente tu prudencia.
REY. Asi lo haré. En los grandes, la locura
Ha menester observacion y cura. (Váanse)

BSCENA II.

Una antesala del castillo.

Sale HAMLET, seguido de algunos cómicos.

HAM. Te ruego que recites este pasaje tal como yo lo he declamado, con soltura de lengua; pero si vociferas, como suelen hacer muchos de nuestros cómicos, más quisiera que el pregonero recitase mis versos. Guárdate tambien de acuchillar demasiado el aire, manoteando, así; háya mesura en todo, porque en el torrente, tem-

pestad, y, por mejor decir, el torbellino de la pasion, es menester que te apropiés y manifiestes cierta moderacion que temple su furia. Oh, es cosa que me ofende en el alma oír á un moceton de robustos pulmones y melenuda cabeza hacer trizas, verdaderos andrajos, una pasion, rajando los oidos de la gente menuda del patio, que por lo general no gusta más que de ridiculas pantomimas y estrepito. De buen grado mandara azotar á un energúmeno de esa ralea: eso es ser más Herodes que el mismo Herodes. Procura evitarlo, te lo ruego.

Com. 1.º Te lo prometo, señor.

HAM. No seas tampoco demasiado frio, sino deja que tu misma discrecion te guíe: adapta la accion á la palabra, y la palabra á la accion, cuidando sobre todo de no traspasar los modestos limites de la naturaleza. Pues el exagerar la accion de esa suerte es apartarse del verdadero objeto de la representacion dramática, cuyo fin es y ha sido, desde el principio hasta ahora, ofrecer, como quien dice, un espejo á la naturaleza; mostrar á la virtud sus propios rasgos, al vicio su verdadera imágen, y á cada siglo y cada época del tiempo su forma é impresion. Pues bien, si esta pintura se exagera, ó se representa con frialdad, aunque provoque á risa á los ignorantes, no podrá por menos de enojar á los inteligentes; y la censura de uno de estos debe preponderar en vuestra estimacion sobre los aplausos de un teatro lleno de aquellos. Sí, cómicos hay á los cuales he visto representar, y he oído á otros elogiarlos con entusiasmo, por no decir con escándalo, los cuales no teniendo acento, ni figura de cristianos, gentiles, ni de hombres siquiera, se pavoneaban y bramaban de tal manera, que hube de creer que algun mal aprendiz de la naturaleza, tratando de ha-

cer hombres, no habia logrado hacer sino un simulacro rudo de la especie humana: tan abominablemente remedaban la naturaleza.

Com. 1.º Creo poder afirmar que en nuestra compañía se ha corregido bastante ese defecto.

HAM. Oh, corregidlo del todo; y que los que entre vosotros hacen de graciosos no añadan nada á lo que está escrito en el papel; pues los hay que suelen reirse á careajadas á fin de provocar á risa á unos cuantos espectadores mentecatos, tal vez en el instante mismo en que algun pasaje interesante del drama deberia ocupar toda la atencion del auditorio. Esto es indigno, y revela una ambicion despreciable en el necio que lo practica. Idos, y preparaos. (Váase los cómicos.)

Salen POLONIO, ROSENKRANZ y GUILDENSTERN.

¿Qué hay, pues, Polonio? ¿gustará el rey de oír esa pieza?

POL. Y la reina tambien, y eso al instante.

HAM. Di á los cómicos que se apresuren.

(Váase Polonio.)

¿Y vosotros, señores, quereis darles priesa?

ROS. y GUIL. Con mucho gusto, principe.

(Váase Rosenkranz y Guildenstern.)

HAM. ¡Horacio, ven!

Sale HORACIO.

HOR. A la órden tuya, Alteza.

HAM. Eres, Horacio, el hombre más virtuoso

De cuantos me hizo conocer el trato.

HOR. Mi buen señor...

HAM. No pienses que es lisonja; Pues ¡qué merced podré esperar de un hombre Quien, como tú, no tiene renta alguna, Salvo su genio alegre y nobles prendas,

Para vestirse y sustentar su cuerpo?
 ¿Por qué adular al pobre? No, que lama
 La pompa necia la meliflua lengua,
 Y ágil se doble la servil rodilla
 Do torpe lucro á la lisonja sigue.
 ¿Me atiendes? Desde que de sí fué dueña
 Mi alma, y supo distinguir los hombres,
 Por suyo te eligió. Pues fuiste siempre
 Como el que al parecer no sufre nada,
 Sufriendo todo; un hombre que recibe
 De la fortuna premios y reverses
 Con gratitud igual. ¡Ay! son dichosos
 Aquellos cuya sangre y cuyo juicio
 Están tan bien mezclados, que no sirven
 Jamás de caramillo á la fortuna,
 Para que toque en ellos á su antojo,
 Segun la llave que su dedo aprieta.
 Sí, dadme á un hombre que no sea esclavo
 De sus pasiones, y en el centro mismo
 Del corazon le guardaré, en el alma
 Del alma misma, como á ti te guardo.—
 De esto harto hablé.—Comedia habrá esta

[Noche

Delante del monarca. En una escena
 Pasa algo parecido al incidente
 Que te conté del trance de mi padre.
 Te ruego, al ver ejecutar el paso,
 Que con la fuerza toda de tu alma
 Observes á mi tio; si en esa escena
 No se descubre su delito oculto,
 Sombra infernal, sin duda, es la que vimos,
 Y mis sospechas todas son más negras
 Que el yunque de Vulcano. En él te fija:
 Yo clavaré mis ojos en su cara;
 Cotejaremos luego nuestros juicios
 Y juzgaremos de él por la apariencia.
 Hor. Muy bien, señor; y si nos hurta un rasgo
 Durante el espectáculo, evadiendo

Nuestra pesquisa, pagaré yo el hurto.
 HAM. Ya acuden á la pieza: á mí me cumple
 Hacer el loco; busca tú un asiento.
 (Marcha danesa. Toque de clarines.)

Salen el REY, la REINA, POLONIO, OFELIA,
 ROSENKRANZ, GUILDENSTERN, y otros,

REY. ¿Cómo está nuestro querido Hamlet?
 HAM. Muy bien, á fe. Me nutro del sustento del
 camaleon: cómo aire, engordo con esperanzas;
 no podeis cebar así á vuestros capones.
 REY. Nada me dices con esa respuesta: esas pala-
 bras no son para mí.
 HAM. No, ni mías tan un poco ahora. (A Polonio.) ¿Gen-
 tilhombre, no dijiste que representaste una
 vez en la universidad?
 POL. Cierto, principe.
 HAM. ¿Qué papel hiciste?
 POL. Hice el papel de Julio César: me dieron
 muerte en el Capitolio; Bruto me mató.
 HAM. Cometió, á fe, una accion bastante brutal
 con matar á un becerro tan excelente. ¿Están
 prevenidos los cómicos?
 ROS. Sí, señor; esperan vuestras órdenes.
 REINA. Ven aquí, querido Hamlet, siéntate á mi
 lado.
 HAM. No, buena madre, aquí hay un imán que
 me atrae más.
 POL. (Aparte al Rey.) ¡Oh, oh! ¿Notáis eso?
 HAM. ¿Señora, puedo reposar en vuestra falda?
 (Sentándose á los pies de Ofelia.)
 OFEL. No, señor.
 HAM. Quiero decir, mi cabeza en vuestra falda.
 OFEL. Sí, señor.
 HAM. ¿Pensábais acaso que hablaba en sentido
 rústico?
 OFEL. No pienso nada, señor.
 HAM. Qué dulce, sin embargo, es el pensamiento

de reposar entre las piernas de una doncella.

OFEL. ¿Decís, señor?

HAM. Nada.

OFEL. Estais de broma, señor.

HAM. ¿Quién, yo?

OFEL. Vos, señor.

HAM. A bromista no me gana nadie. ¿Qué ha de hacer un hombre sino estar alegre? Pues mirad qué cara tan risueña tiene mi madre, y hace dos horas que se murió mi padre.

OFEL. No tal, hace dos veces dos meses, señor.

HAM. ¿Tanto há? ¡Hola! pues que el diablo se vista de luto; yo quiero un traje de armiño. ¡Cielos! ¿Muerto há dos meses, y aún no le han olvidado? Pues entónces hay esperanzas de que la memoria de un grande hombre le sobreviva quizá medio año. Pero, ¡por la Virgen! será menester que levante iglesias, ó de otra suerte nadie se acordará de él; le pasará como al caballico de palo, cuyo epitafio dice:

«¡Más ay! ¡más ay!

Nadie se acuerda del caballico (1).»

(Toque de trompetas. Luego la pantomima.)

(Salen un rey y una reina, muy cariñosos; al encontrarse se abrazan mutuamente. Ella se arrodilla, mostrándole cariño y respeto. El la levanta y reclina la cabeza en su pecho; él se acuesta sobre un lecho de flores; ella se retira al verle dormido. Sale luego un hombre, le quita al rey la corona, le vierte veneno en el oído, y váse. Vuelve la reina; halla muerto al rey, manifiesta gran sentimiento. Vuelve á salir el envenenador seguido de dos ó tres cómicos que no hablan, y hace ademán de lamentarse con ella. Los tres hombres se llevan al cadáver del rey. El envenenador solicita á la reina, ofreciéndole dádivas; ella resiste en un principio, pero acaba luego por admitir su amor. (Váase.)

OFEL. ¿Qué significa esto, señor?

HAM. Esta es una truhanería oculta: anuncia grandes maldades.

OFEL. Esta escena muda encierra tal vez el argumento de la tragedia.

(1) Caballico de palo (Hobby-horse). Cierta canción popular prohibida por los puritanos.

Sale el actor que hace de Prólogo.

HAM. Lo sabremos por lo que diga este buen hombre: los cómicos no saben guardar nada secreto; lo charlan todo.

OFEL. ¿Nos dirá lo que significa esta escena?

HAM. Sí, y cualquiera otra escena que le queráis representar. No os dé vergüenza, representárela, y él no se avergonzará de deciros lo que significa.

OFEL. ¿Qué malo, qué malo sois! Pero quiero atender á la pieza.

PRÓL. Para la pieza y cómicos
Pedimos indulgencia,
Rogando al noble público
Que la oiga con paciencia. (Váse.)

HAM. ¿Es esto prólogo, ó mote de sortija?

OFEL. Es breve, señor.

HAM. Como amor de mujer.

Salen un REY y una REINA.

REY. (De la pieza.)

De Febo el carro vueltas treinta ha dado

A las saladas ondas de Nereo,

Y al globo de la tierra;

Y doce lunas con fulgor prestado

El mundo en menstro giro han alumbrado

Desde que en lazo estrecho

Unió á tu pecho amor mi amante pecho,

Y en sacrosanto nudo nuestras manos

Himeneo, propicio á los humanos.

REINA. (De la pieza.) Permitan sol y luna que contemos

Otras tantas jornadas

Antes que el fuego de este amor se apague.

¡Mas ay! tristeza leo en tus miradas;

De breve tiempo acá tu muerto brio

Dolencia en tí me anuncia, dueño mio,

Y me inspira cuidado.
 Mas aunque temo por tu bien, esposo,
 No turben mis recelos tu reposo.
 Pues el temor de la mujer camina
 Parejas con su amor: no siente nada,
 O suele ser en ambos extremada.
 Do es grande amor la menor duda aterra;
 Y amor inmenso encierra
 El alma en que despiertan mil terrores
 Los más leves temores.

REY. (De la pieza).

Es fuerza que te deje, y pronto, amada.
 El peso de los años anonada
 Mis fuerzas y vigor; más tú, querida
 Y honrada, gozarás de larga vida
 En este mundo hermoso;
 Acaso entónces, tan amante esposo...

REINA. (De la pieza).

¡Mal hayan los demas! Oh, sella el labio.
 ¿Yo hacerte tal agravio?
 ¡Dios me maldiga, si otra vez me caso!
 Por vez segunda el lazo sólo anuda
 La que al primer amor mató sañuda.

HAM. (Aparte.) Esto es zumo de ajénjos.

REINA. (De la pieza).

La que en segundas nupcias liga el pecho,
 Lo hace, no por amor, por vil provecho.
 Mata segunda vez al muerto esposo
 La que al segundo abraza
 En lecho vergonzoso.

REY. (De la pieza.) Que son sinceras tus palabras creo;

Pero á menudo lo que el labio jura
 Quebranta luego el natural deseo.
 Es la intencion de la memoria esclava:
 Fuerte al nacer, su fuerza pronto acaba.
 Cual fruta verde al árbol hoy se adhiere;
 En madurez lozana
 Al propio peso cederá mañana.

Fácilmente olvidamos
 Lo que á nosotros mismos nos juramos.
 El firme empeño que á la sombra crece
 De la pasion, con la pasion fenece.
 Al destruirse á si, con su violencia
 Pena y placer destruyen su eficiencia
 Do más se alegra el gozo,
 Pronto se muda en duelo el alborozo;
 Y quien se affige por cualquier quebranto,
 Por breve gozo trueca en risa el llanto.
 Temprano ó tarde llega al fin la muerte:
 El mundo no es eterno, y no es extraño
 Que sea amor mudable cual la suerte.
 Es cosa que aún se ignora, si fortuna
 Es la que manda á amor, ó amor á ella.
 El poderoso que se ve caido,
 No tarda en ver huir al protegido;
 En cambio el pobre que se ve encumbrado
 Por cima de los cuernos de la luna,
 Trocados ve en amigos
 Los que ántes fueron crudos enemigos.
 En esto sigue amor á la fortuna.
 Nunca falta un amigo al venturoso;
 En cambio, el desdichado
 Que en la miseria ruega á un falso amigo,
 Al punto lo convierte en enemigo.
 Mas para rematar donde he empezado,
 Caminan siempre por tan vária senda
 La voluntad y el hado,
 Que á pesar de sudores y de afanes,
 Al suelo se derrumban nuestros planes.
 Poseemos el intento,
 Mas no la ejecucion. Dices ahora
 Que nunca tomarás segundo esposo;
 Mas ¡ay! podrás mudar de pensamiento
 Cuando el primer marido,
 Entregado al olvido,
 Yazga sepulto en eternal reposo.

REINA. (De la pieza.) Niégúeme luz el cielo,
 Paz y sustento el suelo;
 Léjos huyan de mí, de noche y día,
 Reposo y alegría;
 En negras acechanzas
 Conviértanse mis dulces esperanzas;
 Apure cual recluso en celda oscura
 El cáliz del dolor y la amargura;
 Convierta en hondo duelo
 Cuanto enturbia del gozo la mirada
 Mi mayor dicha y más ardiente anhelo;
 Y sea escarnecida
 Sin tregua, y castigada
 En esta y la otra vida,
 Si una vez viuda, vuelvo á ser casada.

HAM. ¡Si no lo cumpliese ahora!

REY. (De la pieza.) ¡Mucho juraste! Déjame, te ruego,
 Por breve rato; ha menester sosiego
 Mi espíritu cansado; y bien querría
 Del sueño en brazos engañar al día.

REINA. (De la pieza.) Tu mente el sueño arrulle, es-
 [poso mio,
 Y nunca nos separe el hado impío.
 (Váse la reina; el rey queda dormido.)

HAM. ¡Y qué os va pareciendo la pieza, señora?

REINA. Me parece que la dama promete demasiado.

HAM. Oh, pero cumplirá su palabra.

REY. ¿Os habeis enterado bien del asunto? ¿No
 contiene nada ofensivo?

HAM. No señor, nada de eso; es todo ello mera
 ficción; hay un envenenamiento, pero fingido;
 no contiene la menor ofensa.

REY. ¿Cómo se intitula la pieza?

HAM. *La Ratonera*. ¿Cómo, decís? Metafóricamente.
 Esta pieza representa un asesinato cometido en Viena.
 El duque se llama Gonzago; su consorte Baptista; ya lo vereis; es un enredo infernal.
 ¿Pero eso qué importa? A vuestra

Magestad y á nosotros que tenemos las conciencias libres, no nos puede incomodar. Que se rasque el leproso; nosotros tenemos la piel sana.

Sale LUCIANO.

OFEL. Suplis perfectamente al coro, príncipe.

HAM. Pudiera servir de intérprete entre vos y vuestro amante, si viese accionar los titeres.

OFEL. Sois sutil, señor, sois sutil.

HAM. Os costaría más de un gemido el embotar mi filo.

OFEL. Siempre mejor, y de mal en peor.

HAM. Así haceis eleccion de maridos. Empieza, asesino. ¡Por Dios! Déjate de hacer muecas, y empieza. Vamos:
 «El cuervo graznador venganza pide.»

LUC. Designios negros, mano y droga activa,
 Sazon propicia, y el lugar desierto.
 Tósigo infame, extracto de nociva
 Yerba fatal, de Hecátes en el huerto
 Cogida en lo hondo de la noche oscura;
 Tres veces maldecida por su encanto,
 Y otras tantas regada con el llanto
 Infecto de la impura;
 Obra, ponzoña mágica, y convierte
 Esta robusta vida en yerta muerte.
 (Vierte veneno en el oído del durmiente.)

HAM. Le envenena en el jardín para usurparle sus Estados. Se llama Gonzago; la historia se conserva todavía; está escrita en castizo italiano. Vereis luego cómo logra el asesino el amor de la esposa de Gonzago.

OFEL. El rey se levanta.

HAM. ¿Qué? ¿le atemoriza un fuego aparente?

REINA. ¿Cómo estás, señor?

POL. Suspended la representacion.

REY. Traed luces. ¡Partamos!

Todos. ¡Luces, luces, luces!

(Vanse todos menos Hamlet y Horacio.)

HAM. «Retoce el ciervo ileso; con voz bronca
Llore la cierva herida:
El uno vela, mientras otro ronca;
Tal es la triste vida.»

¿No fuera esto parte, amigo, si en adelante me
tratase la fortuna como turco á cristiano, con
un penacho de plumas en la cabeza, y un par
de rosas provenzales en mis ruidos zapatos, á
procurarme un buen empleo en una compañía
de cómicos?

HOR. Mediano papel.

HAM. ¡Mediano! Excelente.

«Ya sabes mi Damon, Damon querido,
Que aquí cayó del trono
El mismo Jove, y que le ha sucedido
Un verdadero, verdadero... pavo.»

HOR. Hubieras podido conservar el consonante.

HAM. ¡Oh, Horacio mio! apostaré mil ducados
que es cierto lo que nos dijo el espectro... ¿Lo
notaste?

HOR. Muy bien, señor.

HAM. ¿Cuándo se trató del veneno?

HOR. Bien le noté, bien.

HAM. ¡Hola, dadnos música! ¡vengan las flautas!
«Si al rey la pieza no le gusta nada,
Será, sin duda, porque no le agrada.»
Vaya un poco de música.

Salen ROSENKRANZ y GUILDENSTERN.

GUIL. Mi noble príncipe, permitid que os diga una
palabra.

HAM. Sí, señor, una historia entera.

GUILD. El rey, señor...

HAM. Bien; ¿qué le sucede?

GUILD. Se ha retirado á su aposento muy des-
templado.

HAM. ¿Por la bebida?

GUILD. No, príncipe, más bien por la cólera.

HAM. Hubiérais obrado con más discrecion anun-
ciándoselo á su médico; pues, si yo le propinase
una purga, podria ser que se le aumentase la
cólera.

GUILD. Príncipe mio, tratad de ordenar algun
tanto vuestro discurso, y no os apartéis con
esas extravagancias del objeto de mi recado.

HAM. Ya estoy sereno, hablad.

GUILD. La reina, vuestra madre, sumida en la
mayor afieccion me envia á hablaros.

HAM. Seais muy bien venido.

GUILD. No, señor, estos cumplidos no vienen al
caso. Si quereis darme una respuesta sensata,
cumpliré el encargo de vuestra madre; si no,
con pediros perdon y marcharme, doy fin á mi
encargo.

HAM. Hidalgo, no puedo.

GUILD. ¿Cómo, señor?

HAM. Daros una respuesta sensata; mi ingenio
está enfermo. Pero, hidalgo, tal respuesta
como yo sea capaz de dar, está á vuestras ór-
denes, ó por mejor decir á las órdenes de mi
madre. Por lo tanto, basta con eso, y al asunto.
Decis que mi madre...

GUILD. Dice lo siguiente: vuestra conducta la ha
llenado de extrañeza y asombro.

HAM. ¡Oh hijo portentoso, que logra asombrar
de tal modo á su madre! ¿Pero no le sigue nin-
guna consecuencia á esta admiracion maternal?
Oigamos.

ROS. Desea hablar con vos en su aposento, ántes
de iros al lecho.

HAM. Obedeceremos, y aunque fuera diez veces
nuestra madre. ¿Teneis algo más que comuni-
carme?

ROS. Señor, me amábais un tiempo.

HAM. Y os amo todavía, lo juro por estas dos garras de ladron.

ROS. ¿Cuál es la causa de vuestro mal, príncipe mio? Ciertamente atrancais la puerta á vuestra propia libertad, ocultando vuestras penas de vuestro amigo.

HAM. Hidalgo, me falta promocion.

ROS. ¿Cómo puede ser eso, cuando el mismo rey os ha dado palabra de nombraros sucesor al trono de Dinamarca?

HAM. Sin duda; pero, «Mientras crece la yerba,» —el proverbio es algo rancio.

Salen algunos cómicos con flautas.

¡Hola! ¡las flautas! Veamos una. Escuchad una palabra en secreto:—¿Por qué girais en torno mio para ganarme por la mano, como si quisierais empujarme hácia un lazo?

GUIL. Oh, príncipe, si soy demasiado atrevido en el cumplimiento de mi deber, mi amor en cambio es por demas descomedido.

HAM. No entiendo eso muy bien. ¿Quereis tocar esta flauta?

GUIL. Señor, no puedo.

HAM. Os lo ruego.

GUIL. Creedme, es imposible.

HAM. Os lo suplico.

GUIL. No sé tocar ese instrumento.

HAM. Es tan fácil como mentir. Gobernad estos agujeros con los dedos y el pulgar; dadle aliento con vuestra boca, y emitirá elocuentísima música. Mirad, estas son las llaves.

GUIL. Pero no está en mi mano el regirlas de modo que emitan armonia alguna: no poseo el arte.

HAM. Mirad ahora, por cuán triste cosa me teneis á mi. Quisiérais tocarme á mi; haceis como si

conociérais mis más íntimos resortes; quisiérais arrancarme el alma de mis más ocultos secretos; quisiérais sondearme desde mi nota más baja hasta la mayor extension de mi voz; y encerrando este pequeño instrumento un sinnúmero de acordes, una voz excelente, sin embargo, no podeis hacerlo hablar. ¡Vive Dios! ¿creéis acaso que es más fácil tañerme á mí que tocar una flauta? Tenedme por el instrumento que os diere gana; podeis desentonarme, pero nunca tañerme.

Sale POLONIO.

Dios te guarde.

POL. Señor, la reina quisiera hablarte, y al momento.

HAM. ¿Ves aquella nube que casi tiene la forma de un camello?

POL. ¡Vive Dios! se parece mucho á un camello.

HAM. Se me antoja que se parece á una comadreja.

POL. Tiene el lomo como una comadreja.

HAM. ¿O como una ballena?

POL. Se parece mucho á una ballena.

HAM. Pues entónces, iré luego á ver á mi madre. Me tratan como á loco que es un gusto. Iré al momento.

POL. Se lo diré.

HAM. Es fácil decir al momento. (Váse Polonio.) Dejadme solo, amigos. (Váanse todos ménos Hamlet.)

HAM. Es la hora más siniestra de la noche. Propicia á duende y bruja, cuando se abren Las tumbas bostezando, y el infierno Contagia al mundo con su infecto soplo. Sangre humeante me bebiera ahora, E hiciera tales cosas, que temblara El dia al contemplarlas. ¡Paso! Vamos

Al cuarto de mi madre. ¡Ay! alma mía,
No olvides tus deberes naturales;
¡Nunca permitas que en mi firme pecho
Halle cabida de Neron el alma!
Cruel con ella, no inhumano sea;
Puñal habrá en mi lengua, no en mi mano.
¡Disimulad en esto, lengua y alma;
Denigren su conducta mis razones,
Mas no las sellen nunca mis acciones! (Váase.)

ESCENA III.

Una sala del castillo.

Salen el REY, ROSENKRANZ y GULDENSTERN.

REY. No gusto de él, y á riesgos me expondría,
Si diese libre vuelo á su locura.
Por tanto, prevenios. Haré que al punto
Extiendan los despachos, y á Inglaterra
Irá con vos. Los cargos que me impone
Mi dignidad, exigen que me guarde
Del peligro que crece cada día
Con su delirio.

GUIL. Nos aprestaremos.
Muy justo y santo es el temor que vela
Por tantas, tantas almas como viven
A expensas de tu Alteza que los nutre.

Ros. Guardar le cumple al hombre humilde, ais-
[lado,

Con el esfuerzo todo de su alma
Su vida contra enojos y peligros;
Y mucho más á aquel, de cuya vida,
De cuyo bien, depende el bien de muchos.
La majestad no muere sola, engulle
Cual vértice voraz cuanto le cerca.
Es como rueda enorme colocada
Sobre la cumbre del más alto monte,

De cuyos rayos gigantescos pende
Un cúmulo de cosas más pequeñas;
Y cuando se derrumba, arrastra y hunde
Consigo á cuanto de ella dependía.
Jamás se queja el rey sin que gemido
Universal responda á su quejido.
REY. Ruego que os aprestéis á partir pronto.
Quiero ponerle grillos á este miedo,
Que va muy libre.

Ros. y GUIL. Nos daremos prisa.
(Váanse Rosenkranz y Guildenstern.)

Sale POLONIO.

POL. Al cuarto de su madre se encamina:
Me ocultaré detrás de los tapices
Para escuchar su plática. Sin duda
Le refirirá de firme; y es prudente,
Como dijo tu Alteza, y muy bien dicho,
Que alguien más que la madre (quien, cual
[todas,

Será parcial) oculto oído preste
A su conversacion. Tus plantas beso.
Antes que tú te acuestes, iré, Alteza.
A decirte lo que hay.

REY. Adios Polonio. (Váase Polonio.)
Atroz es mi delito; al alto cielo
Sube su rancio hedor; consigo lleva
La maldicion primera, la más grande:
La muerte de un hermano. Orar no puedo,
Aunque quisiera con el alma toda:
Más que mi voluntad resuelta y firme
Puede mi enorme crimen; soy cual hombre
Que dos negocios entre manos trae:
Dudo con cuál he de empezar primero,
Y ambos descuido. Y aunque en sangre her-
[mana

Bañado hubiese mi maldita diestra
Mil y mil veces ¡lluvia no hay bastante

En ese cielo justo y bondadoso
 Para volverla blanca cual la nieve?
 Inútil fuera la merced, si osada
 El crimen no afrontase; vano el rezo,
 Si no tuviese en sí la doble fuerza
 De precaver el crimen meditado,
 De perdonar la culpa cometida.
 Recemos, pues; mi crimen ya está hecho.
 Mas ¿de qué forma de oracion valerme?
 «¡Perdóname el aleve asesinato?»
 No puede ser: las prendas aún conservo
 Que me instigaron al horrible crimen:
 Mi cetro, mi ambicion, mi esposa y reina.
 ¿Podrá lograr perdón quien aún ofende?
 En el perverso mundo la dorada
 Mano del criminal tal vez consigue
 Hacer que retroceda la justicia;
 Y vése que á menudo al oro infame
 Cede la ley; mas nunca allá en el cielo.
 No sirve allí la astucia; claro el crimen
 Parece tal cual es, y frente á frente
 Salen á condenarnos nuestras faltas.
 ¿Qué queda, pues, que hacer? ¿Arrepentirme?
 ¿Qué no podrá la contricion sincera!
 Mas ¿qué podrá si el alma no se humilla?
 ¡Oh lastimoso estado! ¡oh seno inmundado,
 Más negro que la muerte! ¡Alma enligada,
 Que cuanto más te afanas por librarte
 Te enligas más! ¡Favor, oh, cielos!
 ¡Doblaos, rebeldes piernas, y hazte blando
 Como los nervios del recién nacido,
 Mi corazon, más duro que el acero!
 Aún puede haber remedio para todo.

(Se retira y se arrodilla.)

Sale HAMLET.

HAM. Propicia es la ocasion, está rezando:
 Le mató ahora. Así se irá á la gloria;

Y logro así vengarme.—Meditemos.
 Mata á mi padre un vil bellaco; en pago
 De su traicion, yo, su único hijo, envío
 A aquel malvado al cielo. No, eso fuera
 Premiar al asesino, no vengarme.
 El sorprendió á mi padre descuidado,
 Saliendo del festin, harto de vino.
 Cubierto de pecados cual de flores
 Por Mayo el prado; y cuán estrecha cuenta
 Hubo de dar, tan sólo sabe el cielo;
 Pero, segun concibe nuestra mente,
 Debe pasarlo mal. ¿Y esto es vengarme?
 ¡Matar en oracion al asesino
 Cuando contrito purifica su alma,
 Y se dispone para el viaje eterno?
 Vuelve á tu vaina, espada, y coyuntura
 Más espantosa guarda: cuando ronque
 En ébrio sueño, cuando esté entregado
 A la ira, ó á los goces incestuosos
 Del mancillado lecho, ó bien al juego,
 Jurando, ú ocupado en algun acto
 Contrario á la salud de su alma eterna;
 Hiérole entónces, y rebelde al cielo
 Húndase su alma, negra y condenada
 Como el infierno, en su antro más profundo.—
 Mi madre espera.—El plazo que te otorgo,
 Prolonga sólo tu achacosa vida. (Vase.)
 Rey. (Se levanta.) En alto vuela mi palabra, en tierra
 Mi pensamiento queda: la palabra
 Sin pensamiento nunca llega al cielo. (Vase.)

ESCENA IV.

La estancia de la reina.

Salen la REINA y POLONIO.

POL. Vendrá muy pronto. Muéstrale entereza;
Dile que han sido tantas sus locuras,
Tales, que no es posible tolerarlas:
Y que tu Majestad le ha defendido,
Y se ha interpuesto entre él y grandes odios.
Aquí me escondo. Ruégote, señora,
Que le hables con firmeza.

HAM. (Dentro.) ¡Madre! ¡madre!

REINA. Te lo aseguro; nada temas. Véte.

Se acerca ya. (Polonio se esconde detrás de los tapices.)

Sale HAMLET.

HAM. ¿Qué ocurre, madre mía?

REINA. Muy ofendido tienes á tu padre.

HAM. Muy ofendido tienes, madre, al mío.

REINA. Vaya, contestas con osada lengua.

HAM. Anda, preguntas con perversa lengua.

REINA. ¿Hamlet, qué es esto?

HAM. ¿Madre, qué sucede?

REINA. ¿Te olvidas de quién soy?

HAM. No tal, lo juro:

Eres la reina, esposa del hermano

De tu marido, y... ¡no lo fueras nunca!

Eres mi madre.

REINA. Bien; haré que te hable

Quien réplicas no sufre.

HAM. (Asiéndola.) ¡Quieta, digo!

Siéntate, y no te muevas por tu vida.

Pues no saldrás de aquí sin que te ponga

Un espejo delante en que desnudo
De tu conciencia lo más hondo veas.

REIN. ¿Qué vas á hacer? ¿querrás matarme acaso?

¡Favor! ¡favor!

POL. (Detrás de los tapices.) ¡Favor! ¡por Dios, ayuda!

HAM. (Desenvainando.)

¿Qué es? ¿un raton? Muerto, un ducado apuesto.

(Da una estocada á través de los tapices y hiere á Polonio.)

POL. (Detrás.) ¡Ay! ¡muerto soy! (Cae, y muere.)

REIN. ¡Ay! ¡ay de mí! ¿Qué has hecho?

HAM. Nada; no sé. ¿Quién es? ¿El rey acaso?

REIN. ¡Oh temeraria accion, sangrienta y cruda!

HAM. ¡Accion sangrienta, si! tan cruda casi

Como matar á un rey, mi buena madre,

Y desposarse luego con su hermano.

REIN. ¿Matar á un rey?

HAM. Sí, fueron mis palabras.

(Levanta el tapiz y descubre á Polonio.)

¡Misero, osado, entremetido necio,

Adios! por otro te tomé de rango

Más principal; mas sufre tu destino.

Ya ves que el ser curioso en demasia

Algun peligro ofrece. (A la Reina.) No te tuerzas

Las manos de esa suerte; sella el labio;

Siéntate al punto, y deja que te tuerza

El corazon; que es fuerza que tal haga,

Si no es de pasta ruda, impenetrable,

Si la costumbre de pecar maldita

No lo ha trocado en duro bronce y puesto

A prueba de cualquiera sentimiento.

REIN. ¿Pues qué hice yo para que así te atrevas

Rudo á soltar en tales vituperios

La lengua contra mí?

HAM. Accion tan torpe,

Que del pudor sonrojo y gracia afea;

Que arranca de la frente tersa y casta

De un inocente amor la rosa pura,

Y pone en su lugar úlcera hedionda:

Que hace promesas conyugales falsas
 Cual votos de tahur. ¡Oh! accion tan negra,
 Que arrebatara del cuerpo del contrato
 El alma misma, y trueca en vil rapsodia
 La dulce religion. La faz del cielo
 Se inflama en ira, y esta artificiosa
 Sólida y vasta fábrica del mundo,
 Con triste faz, cual si su fin temiese,
 Contempla tal accion desconsolada.

REIN. ¡Qué accion es esa ¡ay triste! que rugiendo
 Con voz de trueno, horrenda así se anuncia?

HAM. En ese cuadro y en aquel contempla
 De dos hermanos el retrato al vivo.
 ¿Ves cuánta gracia en esa frente brilla?
 De Febo la rizada cabellera;
 De Jove mismo el ceño; del dios Marte
 La vista amenazante é imperiosa;
 Del heraldo Mercurio la apostura,
 Cuando se posa sobre excelsa cima
 Que al cielo toca; sin igual conjunto
 De bellas formas en que cada nùmen
 Hincó su sello, para dar al orbe
 Del hombre un parangon. Tal fué tu esposo.
 Ve lo que sigue ahora. Este es tu esposo;
 Quien, cual espiga con tizon, destruye
 A su lozano hermano. ¿Y tienes ojos?
 ¿Pudiste abandonar de aquella hermosa
 Colina el verde pasto, por cebarte
 En este vil pantano? ¡Ay! ¿tienes ojos?
 No digas que es amor; pues á tus años
 Se amansan los hervores de la sangre,
 Y humilde atiende al juicio; mas ¿qué juicio
 Se fuera de éste á aquel? Sentido tienes,
 Pues de otra suerte afectos no tendrías;
 Mas debe estar aquel aletargado:
 Pues nunca errara tanto la locura,
 Ni avasalló jamás con tal exceso
 Al juicio el frenesi, que no guardase

Para apreciar tamaña diferencia
 Algun criterio. ¿Qué demonio pudo
 Así burlarte á la gallina ciega?
 Sin tacto el ojo, el tacto sin la vista,
 Sin manos y sin ojos el oido,
 El olfato sin nada, el más endeble
 Atomo de cualquier cabal sentido
 Nunca de modo tan cegato errara.
 ¡Modestia, dónde escondes tu sonrojo?
 Rebelde infierno, si osas sublevarte
 De una matrona en los caducos huesos,
 ¡Oh! ¡sea la virtud para la ardiente,
 Fogosa juventud cual blanda cera,
 Y entre sus propios fuegos se liquide!
 No, no griteis baldon cuando al asalto
 Vuela violento el impetu fogoso;
 Pues con igual ardor se abrasa el hielo,
 Y de la voluntad en vil tercera
 Se trueca la razon.

REIN. ¡Ay! ¡Hamlet, calla!
 Me haces volver la vista á mi conciencia,
 Y veo allí tan negras y hondas manchas,
 Que acaso nunca perderán su tinte.

HAM. Pero vivir entre el sudor y miasmas
 De nauseabundo lecho y, como hirviendo
 En corrupcion, folgar y acariciarse
 En la sentina inmundada...

REIN. ¡Calla, oh, calla!
 No me hables más: tus frases como agudos
 Puñales atraviesan mis oidos.
 No más, Hamlet querido.

HAM. Un vil bellaco,
 Un asesino aleve, que no vale
 La centésima parte que el primero,
 Un rey bufon, ratero del Estado
 Y su gobierno, quien robó cobarde
 De un anaquel la espléndida corona
 Y guardóse la en el bolsillo.

REIN. No más.

HAM. Un rey de andrajos y remiendos...
(Aparece la sombra desarmada.)

¡Oh espíritus celestes, defendedme,
Y sobre mí cerned las fuertes alas!
¿Qué quieres, dime, sombra venerable?

REIN. ¡Ay! loco está.

HAM. ¿No acudirás por dicha
a reprender á tu hijo negligente,
Quien por el tiempo y la pasión vencido
De tu mandato horrible la importante
Ejecución olvida? ¡Habla!

SOM. No olvides;
Vengo á avivar tu ardor casi extinguido.
Pero mira: á tu madre asombro embarga:
¡Oh, ponte entre ella y su alma, en lucha ahora!
Obra con más violencia en el más débil
Siempre la fantasía. Háblale, Hamlet.

HAM. Di, madre: ¿cuál te sientes?

REIN. ¿Cuál te sientes
Tú, que la vista en el vacío clavas,
Con el aire incorpóreo discurriendo?
Fiera á tus ojos tu pasión se asoma;
Y cual dormida huéste al son de alarma,
Tus yacentes cabellos vida adquieren
Y rígidos se erizan. ¡Hijo amado!
De tu delirio el fuego ardiente templa
Con gotas de paciencia. ¿Adónde miras?

HAM. A él. ¿No ves cuán pálido relumbra?
Su aspecto y causa, hablando á duras piedras,
Vida les infundiera. ¡Ay! ¡no me mires!
No sea que tu gesto lastimoso
Mi fiero intento ablande, y pierda luego
Fuerza y vigor: en vez de sangre, lágrimas.

REIN. Pero ¿a quién dices eso?

HAM. ¿No ves nada?

REIN. Nada; y no obstante cuanto existe veo.

HAM. ¿Ni oíste nada?

REIN. Nada; nuestras voces.

HAM. Mírale allí; ve cual se aleja á hurto.

Mi padre, con el traje que vestía.

¿No ves? Ya por el pórtico se sale. (Vase la sombra.)

REIN. Es sombra que engendró tu fantasía.

Diestro en crear, visiones incorpóreas
El éxtasis fué siempre.

HAM. ¿Éxtasis dices?

Late á compás mi pulso como el tuyo,
Y tañe tan salubre melodía.

No, no es locura lo que he dicho; á prueba

Ponme, y verás cual lo repito todo

Palabra por palabra; y la locura

Huyera de ello á brincos. ¡Madre! ¡madre!

¡Oh, por tu eterna salvación, no apliques

A tu alma herida unción tan halagüeña:

Que te habla mi locura, no tu culpa!

Fuera eso encallecer la parte herida,

Dejando que por dentro la gangrena

Oculto lo infectase todo. Al cielo

Confíesate; arrepíentete contrita

De lo pasado; esquivá lo futuro.

No abones la cizaña porque crezca

Aún más lozana. A mi virtud perdona,

Madre, este arranque; que es forzoso en esta

Lasciva, obesa edad, pedir del vicio

Perdon la virtud misma, y aún rogarle

Porque se enmiende, hincando la rodilla.

REIN. ¡El corazón, ¡ay! Hamlet, me has partido!

HAM. Arroja, pues, la parte más dañada,

Y haz por vivir más pura con la otra.

Vé; buenas noches; mas su lecho huye.

Asume una virtud de que careces.

El hábito, ese monstruo que se traga

Todo pudor, si en lo demás demonio,

No obstante, en esto es ángel: para el uso

De acciones puras y altas también presta

Traje ó disfraz que es fácil de vestirse.

Por esta noche abstente; así más fácil
Será tal vez la próxima abstinencia;
La próxima, más fácil todavía
Casi á borrar alcanza la costumbre
La estampa misma que imprimió natura;
O amansa á Satanás, ó bien del alma
Le arroja con poder maravilloso.
De nuevo, buenas noches. Pediréte
Tu bendición, cuando con fe sincera
A la del cielo aspirés. De este hidalgo
(Señalando á Polonia.)

Lamento la desgracia. Pero al cielo
Le plugo castigarle por mi mano,
Y á mí por él, trocándome en azote
Y en instrumento de su fiero enojo.
Queda á mi cargo; y yo sabré, cual cumple,
Justificar la muerte que le he dado.
Si soy cruél, es que piedad me asalta:
Con mal empieza, y lo peor aún falta.
Otra palabra; escucha, buena madre.

REIN. ¿Qué debo hacer?

HAM. Nada de cuanto he dicho.

Deja que el rey, hinchado con la cena,
Te arrastre con halagos á la cama,
Lascivo te pellizque las mejillas,
Te llame prenda suya; deja luego
Que por un par de besos lujuriosos,
O por tentarte el pecho con sus torpes,
Malditos dedos, logre sonsacarte
Todo el negocio: que no estoy demente,
Sino lo finjo artero. Bueno fuera
Que lo supiese todo; pues ¿qué reina
Discreta, hermosa, casta, escondería
De un sapo, de un murciélago, de un gato
Cosas tan lindas? ¿Quién tratara de eso?
Nunca; á pesar del juicio y del sigilo,
Abre la cesta encima del tejado,
Y deja que los pájaros se vuelen;

Y como el mono aquel, métete en ella,
Y rómpete la nuca al dar en tierra.

REIN. Créeme; si son aliento las palabras,
Vida el aliento, vida no hay ni aliento
En mí para exhalar lo que me has dicho.

HAM. Me mandan á Inglaterra. ¿Sabes eso?

REIN. ¡Ay! me olvidaba. Es cosa ya resuelta.

HAM. Están sellando cartas y despachos,

Y mis dos condiscipulos, de quienes
Fiaréme cual de un áspid ponzoñoso,
Son del mandato portadores. Ellos
Me allanarán la senda, y como heraldos
Guiaránme á la vileza. Pero sea;
Que es mucho gusto hacer volar en humo.
Con su petardo mismo al artillero;
Y mal irán las cosas, si no logro
Excavar una vara más debajo
De sus minas, y hacer que salten juntos
Hasta la luna. Es gusto ver, sin venda,
Topar dos tunos por la misma senda.—

Buen fardo me echa á cuestras el buen hombre.

Arrastraré el tripon hasta esa pieza.

Muy buenas noches, madre.—El consejero,

Que en vida fué un bribon impertinente

Y parlanchin, está muy grave ahora,

Callado y taciturno. Ven, amigo,

Es menester que acabe ya contigo.

Muy buenas noches, madre.

(Vánse por distintos lados; Hamlet sacando á rastra el cadáver de Polonia.)